

Roberto Echeto (Caracas, 1970). Es Licenciado en Letras por la Universidad Católica Andrés Bello, dibujante, productor de espacios radiales y escritor; ha publicado cuatro libros de relatos (*Cuentos líquidos*, *Breviario galante*, *La máquina clásica* y *Fotomontajes Mínimos*), una novela (*No habrá final*) y un ensayo (*Maniobras elementales*), con el que ganó el Concurso Transgenérico de la Fundación para la Cultura Urbana en 2015. Participó en el International Writing Program de la Universidad de Iowa en 2018. Vive y trabaja en Bogotá, Colombia.

Vórtice exuberante

Desnudo.
Perdido en la luz
que azota y se expande,
terca como la noche
en algunos lugares
donde el cielo es verde
y se quiebra.
No hay aire
entre los caballos,
ni distancia
ni polvo;
sólo antenas feroces,
tallos ralos,
fértiles
en ovejas que balan
incendios
y luego lloran
el humo.

Así,
la línea nace vertical
y asciende;
abre sus piernas
y llena el cielo claro
con sus formas.

Ahí está, rota,
la ciudad rota,
el árbol quieto,
los edificios asfixiados
por el cuerpo del silencio,
ese animal de tentáculos
mudos y jamás tocados
que abarcan
nuestro mundo,
que es el único
que tuvimos
y conocimos.

Ahora preguntamos
con el hilo mellado
que es voz y horizonte:
¿quién comprende
la nitidez escondida
detrás de los escombros?

Y la respuesta es nadie
o todos, no importa.

Son sordos
que se ahogan
entre sus dientes
de asteroides
y quiebran el aire
con sus bocas heridas
de hierro;
ven estáticos
los puentes y los brazos,
los pechos
que se alejan
de la pradera anegada
en veneno.

Y el silencio ahí,
apretando los muros,
ocupando el aire
con fértil brutalidad,
taimada desazón que cubre
la belleza de hongos
y la transforma en ruido
estable, en nada desnuda,
cifra hábil de la muerte
en vida.

Y la oscuridad como agua,
inunda las calles,
ocupa los pasillos;
aplana el tiempo
y lo transforma
en un puñal negro
que dibuja
una sola herida
oscura.

Arco invertido,
línea mueca debajo
de la nariz,
inclinada columna,
luz en los ojos
que planea satisfecha
sobre el valle roto.

Engordan.

Engordan las pupilas
distantes;
se llenan de nada,

de pájaros exploradores
cuyas voces de fuego
revelan el vacío
(señor de la ciudad)
y le ofrecen a la tragedia
su máscara de cieno,
el velo que atenúa
todo
cuanto perdimos.

Niebla y óxido,
silencio ralo,
ruina ágil
que se esparce
invisible
como el hambre,
¿quién te trajo?
Muerte larga,
vano silencio,
¿de qué te ríes?
Hábil oscuridad,
enemiga del deseo,
¿quién se ríe contigo?
Horror,
presente largo
como la muerte,
¿quién te invocó?
¿Por qué estás aquí?
¿Cuándo te vas?

Juntos,
abrazados al humo,
perdidos en la multitud
que corre y se esconde
más allá de los pájaros
abrasivos,
miramos el horizonte
y perdemos los ojos
en la oscuridad.

Somos las hormigas
y tratamos de impedir
la destrucción
de nuestra casa.

No.
No lo hemos logrado.
Somos díscolos
para el ajedrez

de las formas.

Somos salvajes disfrazados
de reinas y caballeros,
tenues amantes del rocío
sabio.

Sin embargo, hay algo puro
en la terquedad
de nuestros actos.

Debe ser el deseo
de caminar sobre la piedra
que consideramos nuestra.

Por eso,
porque el desamparo es una lengua
de fuego negro,
no hay nada que comprender,
salvo el aire.

Vamos.
Ahogemos el cansancio.
Anudemos nuestras voces.
Reverberemos sobre el polvo.

Sigamos juntos
a pesar de las heridas.

Grita conmigo y con todos.
Seamos el duelo y la llama.

Vayamos delante del eco
hacia el árbol.

Llévanos
y sonríe.

Singularidad del aire

En la pared negra
el reloj roto,
el tigre dormido
dentro de la ballena.
Las horas hostiles,
muy hostiles,
con las hormigas inquietas
sobre las venas,
los gritos que esperan el día
y la sangre que se concentra
y no halla cómo transformarse
en aire que atravesase los calendarios.
Así es esta profundidad inmediata,
sin abismo
ni vórtice,
entre grillos y estrellas,
en un susto sostenido
que se cree
vida.

*

Aire que cruza el aire
y quiere ser pájaro.
Aire que cruza el aire
y devuelve la luz a las bocas.
Aire que cruza el aire
y mece las piedras
que serán túmulos
y templos
y calles
algún día.
Aire que cruza el aire
y se abre y se abre,
haciendo del aire
más y más
aire.

*

Uno se pierde

en este valle.
Se pierde,
se hunde,
se deshace
entre el hierro
de los pájaros
y la ira azul
de estos días
con aire,
pero sin vida.
Uno se pierde.
Se pierde siempre
en el valle
y se ahoga en la repetición
de la misma hora
que se alarga,
magra
y cruel
en su silencio
que llama al absurdo.
Y uno que se pierde,
se pierde en el valle;
se pierde,
se asusta,
se duerme,
se olvida de sí mismo
y mira la montaña
en el brazo,
la torción,
el defecto,
el miedo siempre mezquino
de todos,
la repetición,
otra vez la repetición
de los días,
mientras busco en mí
la secuencia de palabras
que me guíe en este valle,
y no la encuentro
hundido, como estoy,
en la rectitud feroz
de estos ángulos
que no se acaban
y me rodean
con su repetición
cada vez más árida,
cada vez más triste,

y creo que todo se perdió
hasta que veo frente a mí
al árbol de mis sábados
antiguos,
Dios vigilante
erguido y múltiple en el paisaje
de mi ciudad lejana,
que me invita
a cruzar
este otro valle donde ahora vivo.
Y así voy,
con la exuberancia en la frente,
ahogado
en el hierro
de los pájaros,
cada tarde,
buscando el compás
en los libros,
la línea que abre
la sombra
y me devuelve
al camino
que perdí
en el encierro
de este otro valle
sin promesas,
letal,
árido como sus estatuas,
frío
en la repetición
de su azul fértil
cada día.

*

En el núcleo
no hay color
ni aire;
sólo una fuente
que devuelve el tiempo
hacia el mismo núcleo
y lo llena de una aridez
que empuja todas las formas
hacia el espacio comprimido
de un cero exuberante
que es boca abierta,

ola
y grito
en un mar de gritos.
Luz.
Luz entre las astillas.
Fábrica de escombros.
Arena que es sangre
y volutas negras
alrededor del hierro
y de todo cuanto se comprime.
El cielo.
¿Dónde está el cielo
que se dobla?
Fragua rebozada
de cuerpos y escombros.
Agua inútil.
Tierra dormida.
Flores espesas
en el núcleo
que fue cero,
que fue boca,
que fue ola
abierta
y látigo
en la nítida felicidad
del último día.

*

En el aire hay aire,
luz y más aire,
oscuridad entre los puntos
y más aire
que rodea al aire.
Todo cuanto vive,
todo cuanto flota,
todo cuanto crece
y cae,
es aire moldeado
por el aire,
un hilo
que dibuja nervios
en el aire,
piedras
que se abrazan
en el aire,

hielo y agua dormidos
en el aire
sobre las horas
y las semanas sin esfera,
en el aire.
En el aire hay aire,
luz y más aire,
minúsculas sombras,
filamentos de luz
salvaje,
esculturas
de aire
en el aire,
aire que algún día
será voz
y palabras
en el aire,
ojos
que verán el mundo
antes del mundo
en el aire...
En el aire.

*

Es el color
desahuciado del aire,
el espacio pleno
de la decepción
y la derrota,
el dolor del fuego
que se eriza
entre la jauría
de nubes amarillas
y envuelve
los escombros
del futuro
en la oscura
corriente
que muerde
las nervaduras
del fuego,
la luz sorda
sobre la estrella
que clava sus brazos
en la tarde

y la rompe.
Es el color
desahuciado del aire,
la partícula
en la ranura,
la mole sin forma,
abierta y perdida,
en el rompecabezas
de cenizas
que llueve
sobre las hormigas
y no se cansa.
Oigo la voz,
tu voz,
elevado caudal
que vuelve
ovillo las estatuas,
y veo las manos
oscilantes
del árbol,
la luz
del próximo sábado,
el aire
limpio
de otro
día.

*

Contemplar el brillo de las formas.
Dormir para soñarse a sí mismo.
Beber la generosidad del futuro.
Ser el ardor y el aire,
la elevación minúscula de la piedra,
la nitidez del río,
la ferocidad del coloso tenue,
el abismo de los árboles abrazados.
Ser uno con la línea.
Oír la voz pálida de las nubes.
Abrirse al fuego vertical.
Sentir la grava debajo de los pies.
Saber que somos el ruido
debajo de los pies,
la sombra sobre la cabeza,
el frío despiadado,
el humo que no dibuja triángulos,

la cicatriz en el aire,
el venado hundido en su inocencia,
las olivas,
planetas cercanos
a mi boca,
y el sol,
el sol de nuestros ojos
que abren la ciudad
y se niegan
a perderse a sí mismos
en el ruido,
en el ruido.

*

Los nombres,
las formas,
los hitos que fueron alguna vez
idea.
Sol que arde más en el cuadro que en el cielo.
Bloque salvaje que empieza a mudar de sombra.
Gesto.
Mueca.
Pose.

Y aire.